

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**LA VENERABLE INÉS DE MONCADA
VEÍA A JESÚS EN LA EUCARISTÍA**

S. MILLÁN – 2021

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Cisma de Occidente.

Vida de Inés de Moncada.

Esencialmente auténtica.

Visión del Niño Jesús en la Eucaristía.

Sacerdotes con dudas.

Milagro de Lanciano.

Voto de virginidad.

Vestida de hombre.

Vivir sin comer.

a) Teresa Neumann.

b) Beata Alexandrina de Costa.

c) Marta Robin.

d) Padre Pío de Pietrelcina.

Luces en la noche.

1. San Charbel Makluf.

2. German, obispo de Capua.

3. San Benito.

4. Mártires.

5. Beato Gracia de Cátaro.

Tocan las campanas.

Reflexión.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este libro queremos presentar brevemente la vida de la venerable Inés de Moncada, que de muy niña vio a Jesús en la hostia consagrada de la misa en 1392. Después llevó una vida de santidad y, como sus padres querían casarla a toda costa con un joven rico del lugar, huyó de casa y se fue a la Cartuja de Porta Coeli, donde vestida de hombre, pudo conseguir trabajo de ayudante del hortelano y después de pastora hasta que decidió vivir sola en una cueva del monte. Allí pasó 20 años hasta que murió y Dios hizo ver luces sorprendentes, que entraban y salían de la cueva, lo que hizo a los monjes y a otros pastores acercarse a ver y encontraron su cuerpo muerto de rodillas, como si estuviera en oración. Su vida se desarrolló en los tiempos difíciles del Cisma de Occidente.

Hay muchas fuentes bibliográficas sobre los hechos fundamentales de la vida de esta santa ermitaña, cuyo proceso de canonización, el arzobispo de Valencia comenzó en enero del año 2021. Esperamos que pronto haga Dios algunos milagros por su intercesión para ser canonizada y tenerla oficialmente como una santa. Así podremos invocarla con confianza y admirar su vida y su gran amor a Jesús Eucaristía, punto central de nuestra fe y que ella vivió toda su vida. Siendo ermitaña bajaba todos los domingos y fiestas a la Cartuja a oír misa y comulgar y recibir un poco de pan para su alimento de la semana. Vivía con tan poca comida, que podemos decir que vivía de *milagro*. Su vida, después de más de 500 años, sigue siendo un ejemplo para nosotros por su amor a la Eucaristía y su vida austera, dedicada totalmente a servir y amar al Señor.

CISMA DE OCCIDENTE

A la muerte el Papa Gregorio XI, los cardenales franceses, que eran mayoría, querían un Papa francés, mientras el pueblo romano gritaba: *Queremos un Papa romano o italiano*. El 8 de abril de 1378 fue elegido Papa Urbano VI. Todos los cardenales lo reconocieron como tal en público y en privado, pero como desde el principio Urbano VI tomó medidas duras, sin consideración con los cardenales, algunos de ellos se rebelaron contra él. Trece de ellos, en su mayoría franceses, se reunieron en Fondi y establecieron que la elección de Urbano VI había sido nula, porque había sido obtenida por presiones del pueblo romano y, por tanto, sin verdadera libertad en los cardenales. Entonces estos trece cardenales eligieron a otro Papa, considerado como el auténtico, que se llamó Clemente VII (1378-1394) y que se estableció en Aviñón. De esta manera comenzó el cisma de Occidente, ya que unos países obedecían al Papa de Roma y otros al de Aviñón. Por la parte del Papa de Roma estaba santa Catalina de Sena y santa Brígida de Suecia; y por la parte del Papa de Aviñón estaba san Vicente Ferrer, todo el claustro de la universidad de París, con su canciller Juan Gerson, y el beato Pedro de Lutceburg, insigne en milagros.

Algunas diócesis tenían dos obispos y lo mismo sucedía en algunas abadías y Órdenes religiosas según fueran nombrados por uno u otro Papa. El prestigio de la Iglesia decayó y la disciplina religiosa se resintió.

Cuando falleció el Papa de Aviñón Clemente VII, los cardenales de su obediencia eligieron Papa el 28 de septiembre de 1394 al cardenal de Aragón, Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII.

Ante el panorama desolador del Cisma tomó fuerza la teoría conciliar de que el concilio universal estaba por encima del Papa. Esta teoría herética surgió como una manera de solucionar el problema. Entonces se celebró un concilio en Pisa en 1409, que declaró cesantes a los dos *Papas* y nombró a Alejandro V. Esto complicó las cosas, porque ahora había tres *Papas* en vez de dos. De nuevo se reunió otro concilio en Constanza (1414-1418). Felizmente el Papa de Roma Gregorio XII abdicó por el bien de la Iglesia y, antes de renunciar, publicó una bula por la que convocaba al concilio de Constanza, dándole así validez en sus decisiones.

El concilio destituyó al antipapa Juan XXIII y, como el Papa de Aviñón, Benedicto XIII, no quería renunciar, los reyes de Aragón, Castilla etc., que lo seguían, le quitaron la obediencia, aconsejados en esto por san Vicente Ferrer, que desde el principio había sido fiel al Papa de Aviñón, pensando en buena fe que el Papa Urbano VI de Roma había sido elegido por presiones del pueblo

romano y su elección había sido inválida. Benedicto XIII, al verse solo y a la vez cesado como Papa por el concilio de Constanza, se encerró en su castillo de Peñíscola (Castellón). En Constanza fue elegido para bien de todos el 11 de noviembre de 1417 el Papa Martín V, superándose así el Cisma.

VIDA DE INÉS DE MONCADA

Nació esta bendita Virgen en el año 1388 en un pueblo de la huerta de Valencia llamado Moncada, de padres honrados y virtuosos que se ocupaban en la labranza de sus tierras y heredades. El padre se llamaba Guillermo Pedrós; y la madre Angela Alpícat. En el bautismo le pusieron por nombre Inés, no sin particular inspiración del cielo que quiso con esto darnos un particular anuncio y propósito de la semejanza, que esta nueva Inés había de tener con aquella ilustrísima Virgen Romana, la cual por conservar la fidelidad de vida y la palabra que había dado a su esposo divino Jesucristo, de guardar la virginal pureza que le tenía ofrecida, padeció gravísimos tormentos y martirios hasta perder la vida.

Así también esta bendita niña, por no conocer esposo alguno temporal y conservar inviolable el voto que había hecho de no casarse, había de emprender una vida extraordinaria y penitente que fue asombro de las gentes.

Criáronla sus padres con mucho cuidado y amor, porque desde luego dio muestras de estar prevenida con las bendiciones del Señor, que la tenía reservada para grandes cosas. En comenzando a hablar, mostró tanta gracia, viveza y discreción en sus palabras que todos se perdían por ella y cada cual la quería llevar a su casa. Mas el Señor, que la había escogido para Sí, comenzó a llamarla con voces interiores y prepararla con celestiales favores, mostrándosele y descubriéndosele con su hermosísimo rostro y presencia suavísima y a enderezarla más cada día en su divino amor. De estos favores extraordinarios y visitas que le hizo el celestial esposo sólo ha quedado memoria de una a mi parecer la más notabilísima que vale por muchas de que fue testigo todo el pueblo de Moncada.

El rector (párroco), de Moncada, llamado Mosén Jaime Carrós, licenciado en derecho, sacerdote muy ejemplar y virtuoso, había sido ordenado por un obispo religioso de San Agustín, a quien habían consagrado por voluntad y licencia del Papa Clemente VII, competidor de Urbano VI en tiempo del gran Cisma. De aquí tomó ocasión un pariente de dicho rector para poner duda y escrúpulo en sus órdenes, diciendo que había sido ordenado por obispo cismático y falso o, a lo menos dudoso. Le decía que no lo tenía por verdadero sacerdote y por consiguiente que no consagraba en la misa, ni podía administrar

los demás sacramentos de bautismo, penitencia, comunión, etc., pues todo cuanto ejercitaba era inválido y nulo. Cargóse con esto el buen rector de tanta tristeza y melancolía que, andando en estos pensamientos por algunos días, no sabía qué medio ni qué remedio tomar para salir de tanta angustia y aflicción, hasta que desamparado de todo consuelo, se resolvió de fingir que se le ofreció un negocio de tanta importancia que le obligaba a hacer un largo viaje a tierras lejanas. Así podía volverse allá a ordenar por algún obispo cierto, que lo fue antes del Cisma. Mas aquel padre de misericordia y Dios de toda consolación que no menosprecia las lágrimas y oraciones de los afligidos, quiso consolar a este su siervo y juntamente comenzar a regalar a la bendita niña Inés. Porque, habiéndola llevado su madre a oír misa del alba que se canta la mañana de Navidad del año 1392, al tiempo que el rector levantó la hostia consagrada para que la adorase el pueblo, abriéndole Dios los ojos a la corderita inocente, vio un niño en sus manos con cuya vista recibió notable alegría, aunque lo disimuló entonces hasta que, acabada la misa, le dijo su madre que quería ir a visitar a un amiga suya llamada la Febrera, que el día antes había parido un hijo que entonces dijo, como niña que no sabía aún discernir lo que había visto, que pues iban a aquella casa que llevasen a la parida su hijito el cual tenía el rector en el altar y ella le había visto en sus manos. Pero no haciendo caso de esto la madre, le dijo que caminase y callase.

Mas como porfiase la niña en sus razones y en defender lo que había dicho de la vista del niño que a la verdad había traspasado de amor su tierno corazón, aunque no sabía discernir lo que era, la madre enojada le dio un bofetón e hizo que pasase adelante y así fue llorando hasta que llegaron a la casa de la recién parida y le mostraron el niño con lo que se calló. Más de allí a pocas horas volviendo madre e hija a la iglesia a oír la misa mayor, volvió la bendita niña a ver al Niño Jesús muy más hermoso y resplandeciente que antes y se lo mostraba con el dedo a su madre, la cual le dijo que callase porque ella no veía nada. A la tarde tuvo necesidad de hablar con el rector para ordenar el bautismo del hijo de su vecina y con esta ocasión le contó lo que le había pasado con Inesita su hija, aquella mañana. Estaba el corazón del bendito cura en este tiempo desasosegadísimo y puesto en la mayor apretura de sus tribulaciones interiores, batiéndole las olas de los escrúpulos que habemos dicho con mayor furia que azotar pueden las del mar una navecilla de poco poder. Y así estas palabras que oyó fueron para él como un rayo de luz del Espíritu Santo que amaneció en su alma para comenzar a darle sosiego con el cual cobró ánimo y avivó sus esperanzas y recogióse un poco interiormente dio gracias a Nuestro Señor por el consuelo de que era servido enviarle en medio de tanta borrasca como hasta entonces había padecido.

Y vuelto a la mujer la hizo volver a repetir lo pasado y rogó que al día siguiente de San Esteban volviese con la misma niña a oír su misa. Hízolo así y

trajo en su compañía también a su abuela. Les decía la niña que abriesen los ojos y mirasen al altar y le verían también como ella. Acabada la misa fue el rector a la casa de sus padres para informarse mejor y examinando a la niña le hizo muchas preguntas y entre otras le dijo que el niño que decía haber visto en sus manos debía ser el hijo de su vecina la Febrera, Pero al momento la inocente Inés respondió con su maravillosa viveza: no por cierto, no es así, porque el de la Febrera es negro y feo y este otro es tan lindo y hermoso y resplandeciente que hincha la iglesia de su luz y claridad. El día de San Juan también volvió a ver al Niño Jesús y al mismo tiempo movió no pequeña admiración y ternura de los circunstantes; los cuales, preguntándole qué hacía el rector cuando levantaba la hostia, respondió: que mostraba el Niño al pueblo para que todos lo viesen y gozasen de su hermosura y belleza y que, cuando después la sumía, dijo se comía al Niño.

No contento con lo dicho, el venerable rector que sólo él, por entonces sabía el misterio de estas apariciones y que por sólo aquietar su conciencia hacía el Señor tantas maravillas, rogó a los padres de la bendita niña que al día siguiente, que era el de los Santos Inocentes, y ya más desocupado que los precedentes, la trajesen a la iglesia, porque quería hacer ciertas pruebas para certificarse mejor de la verdad de lo que veía en el Santísimo Sacramento. Y así en presencia de Jaime Bosch, Antonio Collado, Mosén Berenguer Mestre, vicario, el sacristán y otras más de treinta personas, dijo misa y consagró dos hostias grandes; con la una comulgó y acabó la misa y después, teniendo los dichos testigos, cirios encendidos en las manos tomó el cura la otra hostia consagrada en la otra mano derecha y otra forma sin consagrar en todo semejante a la otra, en la izquierda. Volviéndose a la niña le preguntó si veía al niño y ella dijo que sí; y replicando en qué parte, ella dijo que en la mano derecha. Volviéndose luego el rector de espaldas trocó las hostias con disimulación, y vuelto le preguntó en qué parte estaba entonces el Niño y díjole que en la siniestra, esto lo hizo dos o tres veces. Después puso la hostia consagrada dentro de la copa del cáliz de suerte que no se pareciese y entonces dijo la niña que no veía nada; entonces, abajando el rector el cáliz, dijo que allí dentro estaba el Niño. A este mismo tiempo sucedió que un buen hombre llamado Bernardo Ripoll por estar muy enfermo quiso comulgar y así el rector fue al sagrario que estaba algo apartado de donde había dicho la misa y sacó el vaso del Santísimo Sacramento; pero, advirtiéndole que el enfermo tenía una gran tos y dolor de estómago, no osó comulgarle sino solamente se lo dio a adorar. A la misma hora preguntaron los circunstantes a la dicha niña qué hacía entonces el rector, y ella (oh cosa maravillosa) dijo que daba a besar el niño al Bernardo Ripoll y que los dos se habían besado boca a boca. Hecho esto, volvió el rector a continuar sus pruebas y teniendo la hostia consagrada y la forma por consagrar en sus manos, preguntóle si el Niño Jesús tenía ojos, respondió que sí y muy lindos y que a todos los estaba mirando. Dijo el rector que si quería ella al Niño

y, alargando con esto el brazo hacia ella como que se lo quería dar, ella se apartó y, temblando, se escondió bajo la capa de su padre, llena de temor y reverencia, que fue menester quietarla. Después le preguntó qué tenía en la mano izquierda. Ella respondió muy pronta que una tortica blanca. Alargando entonces la mano el rector dijo: tómala; y ella con mucha presteza la tomó y comió delante de todos. Estas y todas las otras pruebas y experiencias (que por abreviar se dejan) hizo el prudente sacerdote, que según su buen juicio y la luz que Nuestro Señor le daba en el caso presente, le parecieron necesarias para del todo asegurar que la inocente niña sin duda alguna veía en el Santísimo Sacramento al Niño Jesús de lo cual él y los circunstantes estaban bañándose en un júbilo y regocijo espiritual grandísimo, destilando por los ojos dulces lágrimas de ternura y devoción.

Últimamente, por si no quedase cosa por hacer, el rector dividió la sagrada hostia en dos partes y ella muy espantada dijo que entonces había dos niños y que parecían hermanitos según eran parecidos y hermosos. Visto y oído esto no quiso hacer más pruebas, pues bastantemente estaba certificado de que estaba derechamente ordenado y así, dada la bendición a la niña y hecha una breve práctica y relación de lo que por él había pasado, encerró el Santísimo Sacramento en el sagrario y despidió a la gente, la cual se fue dando infinitas gracias y loores a Nuestro Señor por haber visto tales maravillas y milagros y juntamente concibieron grande opinión y estima de la bendita Inés, pues tan temprano comenzaba Dios a mostrársele y comunicarle sus secretos y así decían unos a otros: ¿quién pensáis que ha de ser esta muchacha? Sin duda que, si vive, será alguna gran cosa, y ciertamente no se engañaron. Era la dicha niña en esta sazón de edad de cuatro años.

Quien tales y tan prosperados principios tuvo en la escuela de Dios, ¿qué se puede esperar sino que caminaría en la vida espiritual con grandísimo aumento de gracia y perfección de virtudes? Y así fue, porque entonces comenzó a tener un asiento y discreción de mujer anciana, gran modestia y singular recogimiento y una prontísima obediencia a sus padres, en cuya compañía, en casa, vivió como si estuviera en un monasterio, buscando y codiciando solamente los amores y regalos de aquel Niño Dios que a tan tierna edad había hallado en el Santísimo Sacramento del altar y especialmente tan afable y amoroso para consigo. No fue sola esta vez que queda referida, la que se le descubrió al Señor, sino muchas otras y más familiar y amoroso cuanto más ella iba creciendo en años y virtud. Él mismo le fue maestro espiritual y la guió en el camino de perfección. El que la depositó en estos santos montes como después diremos y la trasladó y levantó a la bienaventuranza eterna.

De sus ayunos, penitencias y demás asperezas que usaba en el tiempo que estuvo en el siglo, no tenemos que decir más de que la vida que de continuo

llevaba era como un noviciado en preparación para el sacrificio que después había de hacer de sí, tan heroico y admirable, que avergüenza y confunde a los más esforzados y animosos varones.

Todo el tiempo que podía hurtar a las ocupaciones de casa lo empleaba en oración y, recogida dentro de sí misma, gozaba de los coloquios de su dulcísimo esposo Jesucristo. Se ocupaba siempre que la mandaban y la necesidad lo pedía, en ir y venir a Valencia a vender la fruta y hortalizas de sus padres. Acabado de vender todo lo que traía, visitaba algunos santuarios de la ciudad que tenía devoción y señaladamente la iglesia de Santa Tecla, virgen y mártir, de quien fue devotísima y la tuvo por particular abogada toda la vida y cuyas heroicas virtudes deseaba imitar. Allí se encontraba a la bendita Virgen para que la recibiese bajo su amparo y prosperasen los intentos que iba trazando en su alma de manera que no cayese del estado de virgen en que deseaba perseverar hasta la muerte.

Pasó de esta manera hasta los dieciocho años, que era de edad para tomar estado y, hallándose en Valencia un día de su patrona Santa Tecla, acudió a la iglesia de dicha santa a encomendarle sus necesidades y deseos y suplicarle que le alcanzase del Señor que mereciese ser admitida a sierva y esposa suya por el camino que más fuese de su gusto y servicio. Fue esta oración acompañada de tanto fervor y lágrimas, que mereció ser presentada por los santos ángeles en el acatamiento divino y tener el despacho tan próspero como adelante veremos.

Sucedió por divina disposición que tenía encomendado el sermón de aquella solemnidad y fiesta el apostólico Padre San Vicente Ferrer. Dijo altísimas alabanzas y grandezas excelentes de la virginidad y las admirables ventajas que haya del estado del matrimonio y de la inmensidad del martirio y persecuciones que había padecido por guardarla la santa, cuya fiesta con tanto regocijo se celebraba. Oyóle todo atentísimamente la corderita de Dios Inés y como si el sermón se hubiera hecho para sólo ella y le enviara Dios aquel celestial embajador y pregonero suyo para que la asegurara de su voluntad y dijera lo que había de hacer en cumplimiento suyo, inflamada toda en su divino amor, hecha un mar de lágrimas, confirmó con voto lo que hasta entonces había tenido sólo en deseo y prometió al Señor de guardar entera la virginal pureza y no admitir esposo alguno temporal ni poner su afición con cosa alguna de la tierra.

En la envidia que tuvo en este hecho el enemigo de toda pureza y la rabia que concibió contra la virgen, reventó presto en los medios que fue intentando para robarle si pudiera este precioso tesoro y estorbarle que desistiera de los propósitos, intentos heroicos, que se le iban ya trasluciendo, porque sus padres

comenzaron a importunarla una y muchas veces a que se casase. Atizaba este fuego un mancebo del mismo pueblo, hijo de padres honrados que había puesto en ella los ojos y afición y con ruegos, importunaciones y promesas por sí mismo y por sus deudos y otras personas de respeto, daba prisa al casamiento. Mas ella, que estaba prendada de otros amores más puros, más perfectos y duraderos y tenía elegido esposo más noble, más rico y hermoso, les iba entreteniendo y dando largas con disimulación, hasta que un día viéndose demasiado apretada y que corría peligro su voto, habiéndose encomendado muy de veras al Señor como era bien menester para la empresa, se resolvió a hacer una cosa, para la cual es menester que preceda particular inspiración de Dios según que muchos años antes la habían tenido las santas Eugenia, Pelagia, Marina y Eufrosina (y de creer es que la tuvo nuestra bendita virgen, pues con tanta prosperidad llegó al cabo sus intentos). El caso fue que, cortándose el cabello y vistiéndose con ropas de varón con la mayor disimulación que pudo, se salió de casa de sus padres y se vino a este Monasterio de Porta-Coeli, que dista de Moncada tres leguas buenas, muy solitarias y desiertas, guiándola y amparándola el ángel santo de su guarda, porque ella no sabía el camino ni quitado el de Valencia, había hecho jamás otro viaje fuera de su tierra.

Pero ¿quién bastara a decir las tentaciones que padeció en este hecho, las luchas que se le ofrecieron por el demonio, el montón de dificultades que presentaba el malvado al tiempo de quitarse los vestidos de mujer siendo doncella tan honesta y percatada y vestirse de los de hombr? Fueron tantas que bastaran a rendir a otro cualquiera corazón que no estuviera tan fortalecido como el suyo en la gracia del Señor que le guiaba, instruía y gobernaba en todas sus acciones ¡Oh, qué vuelo tan grande al salir de casa de sus padres de noche y a escondidas y caminar sola y sin guía ni camino, tres leguas de desierto que eran más para ella que para otros trescientas sin saber dónde había de parar ni cómo sería recibida por los religiosos! ¡Oh, cuántas veces volvía el rostro a unas partes y a otras! ¡Qué tropel de pensamientos varios se le presentarían! Ya imaginaría el sentimiento de sus padres, ya los dichos y murmuraciones de las gentes, ya la nota e infamia de su reputación y honra, pues serían muy pocos los que dejasen de atribuir a la peor parte su ausencia. Con estas y otras innumerables avenidas y torbellinos de tentaciones, ya se detenía, ya caminaba, ya volvía los ojos atrás para reconocer si acaso la seguían, ya miraba adelante por si había algún estorbo que pudiese impedir su viaje y camino. Mas de todos estos temores y recelos la sacó su divino Esposo, dándole ánimo y esfuerzo para romper todos los lazos con que el demonio la pretendía espantar y detener. Y así, fortalecida con su gracia y acompañada, como dijimos del santo ángel de su guarda, que fue perpetuo asistente y defensor suyo en todos los trances de su vida, cual ave que escapa de la red, vino volando hasta el desierto de este Monasterio, en donde, parte por la mudanza del traje y nombre y parte por estar muy desfigurado y quemado del sol su rostro con el cansancio y trabajo del

camino en que se había detenido tres días, andando por los montes perdida, sin comer ni beber en todos ellos, porque ni sacó provisión de su casa, ni halló quien se la diese en el camino, nadie sospechó ni conoció que fuese mujer.

Fue recibida de los religiosos con la caridad y buen acogimiento que usan con los que aquí vienen. Pidió luego si habría alguna hacienda en que servir en casa o fuera de ella, diciendo que venía encaminada a eso y a no comer el pan de balde, y así señalaron y dijeron en lo que se podía ocupar ¹.

Un año sirvió de hortelano, comiendo y tratando familiarmente con tantos criados, sin que nadie sospechase su disfraz.

Confesaba Inés con el venerable y anciano monje que era Vicario de los sirvientes de la Cartuja, varón prudente y docto, y tanto consuelo encontraba en sus consejos y pláticas, que, creyendo un deber y un descargo de su conciencia confesarle su secreto, lo descubrió en el sigilo de la confesión (le descubrió que era mujer).

Extrañado y absorto quedó el confesor, sin saber qué responderle, y cuando trató de persuadirla para que tomase otra forma de vida, por estimar que algún día podía descubrirse el engaño, dióse nuestra joven tal maña en replicar, que si ya había transcurrido un año de aquella guisa sin que nadie sospechase, incluso el propio confesor, bien claro estaba que Dios aprobaba sus designios, manifestados ya en Moncada años antes, sacando al señor Cura de sus dudas, por su intervención.

Entonces fue el fraile quien dudaba, y para mejor resolver, oró fervorosamente, afligió su cuerpo con ayunos y fuertes disciplinas, leyó y releyó los autores más ortodoxos, como para obligar a Dios a que le iluminase, y al fin creyó hallar la mejor solución, aconsejando a Inés que dejase el oficio de hortelano y se dedicase a apacentar ganado por el monte, conservando su indumentaria de varón, único modo, a juicio del frailecito, de alejar el peligro de ser descubierta.

No opuso ningún reparo el Padre Procurador en que el joven hortelano cambiase su oficio por el de pastor. Y bien provista de saludables consejos y santas instrucciones que le dio el confesor, encaminóse valerosamente al monte dispuesta a vencer las tentaciones del demonio y a consagrar su vida a Dios.

¹ Ciprés Francisco Baltasar, Traducción del latín en romance del *Martirologio con adición de otros santos*, manuscrito de 1630. Molins Honorato, *Escritos biográficos sobre Inés de Moncada*, Valencia, 1978, pp. 23-31.

Cuatro años apacentó Inés sus ovejas por estos montes, sin tener otra comunicación que con su confesor, cuando en los domingos y fiestas bajaba al convento a comunicarle su espíritu, y recibir los santos sacramentos. La vida que aquí hizo, los ejercicios santos en que se ocupó, las tentaciones del demonio que venció, la dura penitencia con que hizo guerra a su cuerpo, mejor la escribieran los peñascos de aquellos montes. Pasaba todo el día en oración y coloquios dulcísimos con su Dios. Formaba como otro Jacob un altar de aquellas mal labradas piedras, y puesta de rodillas continuamente ofrecía sacrificios, dándole su alma y su corazón ².

Y durante este tiempo: “su comida era solo pan, y solo agua su bebida. Su vestido unas pobres pieles, y su cama las duras piedras. En los calores del estío y escarchas del invierno, solo el cielo le servía de cubierto, y este era su aposento en las tempestades y lluvias” ³.

Pero creyendo Inés que todavía no había apurado todos los sacrificios para hacerse más grata a Dios, decidió dejar el cuidado de las ovejas que la distraían, para cobijarse en alguna cueva y hacer vida eremítica. Y cuando halló una en la eminencia de asperísimo monte, de difícil subida y llena de peñascos, que imposibilitaban todo descanso humano, comunicó su decisión al confesor, quien, profundamente admirado de tal grandeza de alma y fortaleza de espíritu, aprobó su decisión, conduciéndola ante el Padre Procurador, que le ajustó la cuenta de los salarios devengados durante los cinco años que había servido al monasterio. Y allí mismo los repartió entre los pobres, quedando así más pobre que ellos.

Provista de una túnica parda, como las que usan los donados de la Cartuja, de dos cilicios, unos azotes de alambre, una cruz, una imagen de la Virgen Santísima y la bendición de su confesor, se encaminó a la cueva que había elegido para morada, apenas cumplidos los veinte años de edad.

Otros veinte más vivió Inés de esta suerte, flagelando su cuerpo con las disciplinas, sublimando su espíritu hora a hora con sacrificios y oraciones, sin gustar cosa caliente ni apenas probar el pan, siguiendo desde su cueva los santos ejercicios del convento que señalaba la campana y bajando únicamente al monasterio a oír misa y recibir al Señor. Y si se tomaba algún recreo era para tejer cestillos y esteras de esparto, que entregaba al portero, para el servicio de la Cartuja.

² Berni, *Vida de la penitentísima Virgen Inés de Moncada*, Valencia, 1793, cap. 7, pp. 58-59.

³ Ib. p. 60.

Hasta que un día, el 25 de junio de 1428, a la media noche, cuando oyó que la campana tocaba a Maitines, unió sus afectos a las voces de los monjes y entregó su alma al Creador.

Una extraña luz anunció a los pastores que por aquellos contornos apacentaban sus ganados que algo insólito y sobrenatural había ocurrido. Y cuando, a la mañana siguiente, llevaron la noticia al convento, no dándoles crédito, se ordenó a dos monjes velaran la noche siguiente por si se repetía el suceso; y, admirados contemplaron cómo a la misma hora que la anterior, una lengua de fuego bajaba del cielo en dirección a la cueva, que creían habitada por el antiguo hortelano y pastor del convento.

Concluidos los oficios divinos de la mañana, subieron los monjes a la cueva, donde hallaron arrodillado delante de la cruz, con los ojos y las manos levantados al cielo y el rostro resplandeciente, el cadáver de Inés, despidiendo celestial fragancia que todos percibieron.

“Grande fue el regocijo de aquellos monjes al ver espectáculo tan maravilloso”, dice el Padre Berni. Y añade: “Pero mucho más creció su gozo, cuando bajando al Monasterio los monjes, y saliendo en forma de Procesión con la Cruz para el entierro, dio principios a las Exequias la Campana principal del convento, tañéndose por sí sola, con repique y sonido tan alegre y sonoro, cual jamás habían oído. Y para que este prodigio fuese más prolongado y singular, prosiguió esta acorde música la campana hasta el otro día siguiente, en que enterraron al venerable cadáver, sin parar hasta que se rompió, manifestando el cielo con este prodigio cuán grande había sido la santidad de Inés, que por no haber igual, quiso no se emplease en otro aquella campana; y para perpetua memoria volvieron a fundirla, grabando en ella el nombre de Inés, y es la misma que hoy sirve de reloj al Monasterio. Después de haber cantado alrededor del cuerpo algunos devotos himnos y salmos, bajó aquel venerable coro, acompañado de luces (prosiguiendo los monjes sus canticos dulcísimos) el santo cuerpo de Inés al Monasterio, y quitándole la túnica que tenía pegada a sus carnes para lavarle, según costumbre de aquellos tiempos, llegó la admiración a su centro, viendo que era mujer. Entonces, lleno de ternura, manifestó el confesor, por licencia que tenía de Inés, su disfraz, diciendo que era aquella célebre Niña de Moncada, que tantas veces vio al Niño Jesús en la sagrada Eucaristía. Al sonido de la campana, y la fama que tenía este penitente disfrazado, acudieron los vecinos de los pueblos comarcanos. Entre ellos vinieron sus mismos padres, y por especial providencia del Altísimo, que hasta entonces les había conservado la vida para darles en ella el consuelo de sus lágrimas, se hallaron también cuando se descubrió que era Inés⁴.

⁴ Ib. cap. 10, 93-96.

Pusieron el venerable cuerpo en un féretro en medio de la iglesia y cuantos tocaron sus despojos se vieron libres de las enfermedades que tenían.

Fue enterrada bajo la mesa del altar de la capilla de la Comunión para los criados de la casa. Y la fama de sus milagros se extendió tanto por la península, que durante tres siglos, indecible número de personas acudió a Porta-Coeli para visitar su sepulcro y adorar la cueva donde vivió, hallando todos el consuelo que buscaban.

A tal extremo llegó la afluencia multitudinaria de gentes, que los cartujos vieron seriamente comprometida la Regla de su Orden, que les manda vivir en lugar desierto y apartado del trato de los hombres; y, para evitarlo, se dispuso sacar del área el cuerpo incorrupto de Inés y trasladarlo al cementerio de los monjes, confundiéndolo con los allí existentes.

ESENCIALMENTE AUTÉNTICA

Todas las fuentes bibliográficas que refieren la vida de la venerable Inés de Moncada tienen los mismos elementos esenciales. Por eso, podemos decir claramente que los datos anotados de su vida son verdaderamente auténticos en su esencia. Hay algunos detalles sin importancia que varían según distintos autores, como sobre los años que tenía Inés al irse a la Cartuja de Porta Coeli. Unos dicen que 15 y alguno que 18; o sobre cuántos años estuvo de hortelana y de pastora de la Cartuja. O sobre si descubrió o no al confesor su condición de mujer o algún detalle sobre su vida eremítica y su muerte.

Lo demás, sobre el milagro eucarístico a sus 4 años y medio, las dudas sobre la validez de su ordenación sacerdotal del párroco de Moncada, sobre que sus padres querían casarla con un joven rico del lugar, que fue la causa de huir de casa e irse vestida de hombre a la Cartuja, es igual. De la misma manera, algunos datos sobre su trabajo como hortelana y pastora del convento y su posterior vida durante 20 años en una primera cueva, que después cambió por otra segunda y que los domingos y fiestas bajaba a la Cartuja a oír misa y comulgar y recibir algunos alimentos de los religiosos, todo eso lo escriben unánimemente los historiadores. También están de acuerdo en las luces que se vieron en su muerte y que en los funerales (alguno dice que en el momento de su muerte) tocó sola la campana del convento, etc., todos están de acuerdo. Por tanto, podemos decir que, a pesar de que vivió Inés entre el año 1388 y 1428, el relato de su vida es digno de fe.

En cuanto a las dudas del párroco sobre si estaba válidamente ordenado o no, podemos decir que sí era verdadero sacerdote, pues el falso Papa Clemente VII, había sido consagrado obispo válidamente y así pudo consagrar válidamente al obispo que ordenó sacerdote al párroco de Moncada y Dios le aclaró sus dudas por medio de Inés, que vio al Niño Jesús en la hostia consagrada de sus misas.

VISIÓN DEL NIÑO JESÚS EN LA EUCARISTÍA

Esto no es una novedad. Ha sucedido en la vida de algunos santos, especialmente en la de santa Verónica Giuliani, cuando era muy niña (tres o cuatro años). Ella misma nos dice: *Muchas veces, mientras estaba oyendo misa, a la elevación de la hostia sacrosanta, veía en ella al Niño Jesús visiblemente y sé que muchas veces gritaba en alta voz Ah, Ah, y quería correr junto al sacerdote, pero mi madre me detenía. A veces veía que el sacerdote se tornaba resplandeciente como un sol y yo le decía a mi madre: Es muy hermoso*⁵.

Y añade: *Me acuerdo que una vez, estando yo en la misa, a la elevación de la hostia, vi al Niño Jesús visiblemente... Me paré a ver lo que el sacerdote hacía con la hostia. Y, cuando la tomó en sus manos para consumirla, vi al Niño Jesús. He visto muchas veces al Niño Jesús en la hostia, mientras la misa y veía al sacerdote resplandeciente como el sol*⁶.

*Una vez, yendo al huerto de casa, de pequeña, en un abrir y cerrar de ojos, vi un bellissimo niño. Corrí tras él para abrazarle, pero enseguida huyó. Yo di vueltas por todo el huerto para volverle a encontrar. Y luego, toda alegre, fui buscándole por toda la casa. Corría y me reía y no decía más. Pero no le pude ver más. Y el Señor me ha hecho entender que era él. No solo se me mostraba visiblemente, sino que hasta durmiendo siempre soñaba con el Señor y la santísima Virgen. Y me acuerdo que muchas veces, enseguida me despertaba de la alegría que tenía y mis hermanas me decían que muy a menudo me oían reír, mientras dormían con ella*⁷.

Otros santos lo veían al Niño Jesús en la hostia, siendo adultos. Santa Teresa de Jesús refiere: *Un día oyendo misa, vi al Señor glorificado en la hostia*⁸. *Muchas veces, cuando me acercaba a comulgar y me acordaba de aquella Majestad grandísima que había visto y miraba que era el que estaba en el S.*

⁵ Santa Verónica Giuliani, *Un tesoro oculto. Diario de Santa Verónica de Julianis*, librería de Subirana, Barcelona, Tomo I-III, publicados en 1905. IV y V en 1906: VI y VII en 1907 y VIII en 1909. La cita está en tomo I, p. 60.

⁶ Tomo III, pp. 469-470.

⁷ *Ibidem*.

⁸ Cuentas de conciencia 14.

Sacramento (y muchas veces quiere el Señor que lo vea en la hostia), los cabellos se me espeluznaban y todo parecía me aniquilaba ⁹.

Santa Margarita María de Alacoque nos dice: *Yendo una vez a comulgar me pareció la sagrada hostia como un sol cuyo brillo no podía soportar y vi a Nuestro Señor en medio de ella* ¹⁰.

El beato Bernardo de Hoyos: *El 20 de agosto de 1728 vi a Su Majestad muy claramente y reparé que estaba toda la capilla del noviciado llena de ángeles en gran número, que adoraban al Señor de los ángeles y de los hombres. Quedé espantado de tanta gloria y, cuando más me iba acercando al sacerdote al tiempo de comulgar, crecía más el temor reverente que en mi alma había* ¹¹.

El día de todos los santos (1 de noviembre de 1730) al tiempo en que le llevaron la comunión a su celda vio muchos ángeles, que rodeaban su cama y la celda se llenó de una clarísima luz y vivísimos resplandores. Y al recibir la comunión, vio a Jesús en la Eucaristía, resplandeciente y hermoso ¹².

La beata Catalina Emmerick solía ver en la sagrada hostia al Niño Jesús, muy pequeño, pero muy resplandeciente y hermoso ¹³. Y ella nos dice: *Una vez, cuando iba a tocar la campanilla en medio de la misa, vi al Niño Jesús sobre el cáliz. ¡Era tan hermoso! Yo creí estar en el cielo y quería saltar la reja para ir hasta el Niño Jesús* ¹⁴.

Santa Micaela del S. Sacramento anota: *Un día al comulgar vi un niño en la hostia antes de recibirla. Me pasó la mano por la cara. Me hizo tal efecto que por mucho tiempo quedé muy mudada y con un consuelo inexplicable, gran paz y alegría para trabajar y sufrirlo todo* ¹⁵. *Otro día al comulgar también lo vi en la hostia, muy lindo y se reía* ¹⁶.

Otros casos los cuenta santa Faustina Kowalska: *En mayo de 1935, durante el oficio de las Cuarenta Horas, vi el rostro del Señor Jesús en la hostia que estaba expuesta en la custodia. Jesús miraba amablemente a todos* ¹⁷. *A menudo veo al Niño Jesús durante la misa. Es sumamente bello. En cuanto a la edad, parece que va a cumplir un año. Una vez, al ver al mismo niño en nuestra*

⁹ Vida 38, 19.

¹⁰ Autobiografía p. 47.

¹¹ De Loyola Juan, *Vida del padre Bernardo de Hoyos*, Ed. Mensajero, Bilbao, 1913 pp. 50-51.

¹² Ib. pp. 193-194.

¹³ Akten, *Actas de la investigación eclesiástica en alemán*, pp. 85 y 95.

¹⁴ *Positio super virtutibus*, tomo II, Summarium, parte 2, p. 309.

¹⁵ Relación de favores 52.

¹⁶ Autobiografía 41, 4.

¹⁷ Diario 433.

*capilla, durante la misa, me invadía un fortísimo deseo y ansia irresistible de acercarme al altar y de tomar al Niño Jesús. En ese momento el Niño Jesús se puso junto a mí al borde del reclinatorio y con las dos manitas se agarró a mi brazo, encantador y alegre, con su mirada penetrante y llena de profundidad*¹⁸.

*Durante la misa de medianoche de Navidad de 1933 vi al Niño Jesús en la hostia. Mi espíritu se sumergió en él. Aunque era un niño, su Majestad penetró mi alma. Me impresionó profundamente este misterio, este gran humillarse de Dios, este inconcebible anonadamiento suyo. Durante toda la fiesta de Navidad lo tuve vivo en el alma*¹⁹.

SACERDOTES CON DUDAS

Ha habido muchos milagros eucarísticos con los que Jesús quiso asegurar a los sacerdotes de su presencia real en la Eucaristía y así eliminar sus dudas como en el caso de Inés y su párroco.

1. Sucedió en Ivorra (Cataluña) en 1010. El padre Bernard Oliver tenía dudas sobre la presencia real de Jesús en la hostia y en el cáliz después de la consagración de la misa y, ante sus ojos asombrados, el vino del cáliz se convirtió en sangre visible, que se desbordó y se derramó hasta llegar al suelo. El obispo de Urgel, san Ermengol, lo constató personalmente y el Papa Sergio IV certificó el milagro por una bula pontificia que se conserva junto a las reliquias del milagro en el santuario actual edificado en 1663. Este santuario se llama santuario de la Duda.
2. En 1297 un sacerdote de Gerona (Cataluña) dudaba del milagro de la transubstanciación en la misa y, al celebrarla en un monasterio de monjas benedictinas, observó claramente que la hostia se había convertido en un trozo de carne empapado de sangre y era imposible consumirlo. Lo sacó de la boca y lo envolvió en un corporal, Este corporal con la reliquia de la carne fue destruido en la guerra civil española de 1936-1939.
3. En 1310 en Fiecht (Austria), ante la mirada del sacerdote celebrante incrédulo, el vino se convirtió en sangre, que estaba hirviendo y se derramó fuera del cáliz. En 1480 esta sangre fue analizada y se concluyó que era verdadera sangre y que estaba tan fresca como si acabara de salir de una herida. En 1472 una comisión investigadora declaró la autenticidad del milagro.

¹⁸ Diario 434.

¹⁹ Diario 182.

4. En 1400 en Boxmeer (Holanda) el sacerdote Arnold Groen observó que el vino se convirtió en sangre y se derramó fuera del cáliz manchando el corporal. Todavía se conserva el corporal y la sangre coagulada. Algunos Papas como Clemente XI, Benedicto XIV, Pío IX y León XIII tenían devoción a esta sangre considerada prodigiosa.
5. En la ciudad italiana de Bolsena, el año 1263, el sacerdote Pedro de Praga celebraba la misa y dudaba de la presencia real de Jesús. Al partir la hostia brotó súbitamente tal cantidad de sangre que empapó el corporal y los manteles y algunas gotas cayeron al suelo. Los corporales quedaron manchados con 83 gotas de sangre en las cuales aparecía la figura de Jesús. Cuando el Papa Urbano IV, que estaba en la vecina ciudad de Orvieto, se enteró, envió al obispo Santiago Maltraga y a algunos teólogos como San Buenaventura y santo Tomás de Aquino, que le confirmaron el milagro. Este milagro influyó decisivamente en la Institución de la fiesta del Corpus Christi al año siguiente por la bula *Transiturus*. Muchos Papas a lo largo de los siglos han ido a visitar y venerar estas sagradas reliquias.
6. En una aldea del norte de España llamada Cebrero, hacia el año 1300, había un sacerdote benedictino que no creía en la presencia real de Jesús en la Eucaristía; en cambio había un hombre llamado Juan Santin, que no solo creía sino que todos los días asistía a misa. Un día de crudo invierno, en que los caminos estaban cubiertos de nieve, este hombre bueno llegó a misa al monasterio benedictino. El celebrante incrédulo pensó: *Aquí viene este loco con esta tempestad a ver un poco de pan y un poco de vino*. No había terminado de pensar esto, cuando ante sus ojos la hostia se había convertido en carne y el vino en sangre. El padre Yepes, benedictino del siglo XVII, escribió: *Yo, aunque indigno, he visto y adorado este santo misterio. He visto las dos ampollas; en una de ella está la sangre que parece apenas coagulada, roja como la de un cabrito recién sacrificado. He visto también la carne que es roja y seca*. Los Reyes Católicos regalaron en el siglo XV el relicario donde se guardan actualmente la carne y la sangre. Todos los años se celebra el recuerdo del milagro el 9 de septiembre.
7. El padre Otty Ossa Aristizabal (1932-2015) era un sacerdote colombiano, que trabajaba en Venezuela y atravesaba una gran crisis espiritual. Había decidido dejar el sacerdocio y comenzar una nueva vida. Habló con el obispo del lugar, Monseñor Pío Bello, quien le aconsejó que no se saliera de inmediato, que fuera a su patria y estuviera allí descansando sin ningún compromiso sacerdotal y pasara un año de reflexión antes de tomar la

decisión definitiva. Si regresaba a Venezuela, después del año *sabático*, podían volver a hablar y ver su futuro.

Pero Dios le salió al encuentro, cuando quizás menos se lo merecía y menos lo esperaba. El 8 de diciembre de 1991 celebró la misa en la Finca Betania, donde desde 1976 se aparecía la Virgen a la señora María Esperanza Medrano de Bianchini. Eran las doce y media de la noche, apenas comenzado el día de la fiesta de la Inmaculada Concepción. Celebró la misa con la rutina de quien no tiene fe, pero tiene que cumplir un compromiso, pues era una persona extrovertida y le gustaba estar con la gente. Allí, en ese momento, había *no menos de diez mil personas. Eran peregrinos de todos los rincones de Venezuela y también de Colombia, Trinidad, Puerto Rico, Bolivia, Estados Unidos y Panamá.*

Todo se desarrolló normalmente. En el momento de la comunión partió la hostia consagrada en cuatro partes. Comulgó con una de las partes y depositó otra en la patena. Al poco rato observó con estupor que en dicho fragmento había un punto rojo del cual comenzaba a emanar una sustancia roja, en forma semejante a como brota la sangre de una punzada, hasta cubrir una superficie de aproximadamente un centímetro cuadrado.

Una religiosa se le acercó y le dijo: *Padre, una hostia está sangrando.* El le contestó: *Ya me di cuenta.* No quiso que se alarmara la gente y guardó la hostia entre el corporal y la dejó en el sagrario. A las cinco de la mañana fue a celebrar otra misa, abrió el sagrario y vio que la gota de sangre había corrido por la hostia. Inmediatamente la colocó dentro de la custodia, la llevó al altar y contó a la gente lo que había sucedido. Todos se pusieron de rodillas, alabando y cantando al Señor. Fue algo inenarrable.

El 10 de diciembre le entregó esa hostia sangrante al obispo Pío Bello de Los Teques ²⁰.

El obispo llevó la hostia a la catedral y pidió que un pedacito fuera sometido a examen de laboratorio de bioanálisis. Este examen primero, fue realizado por las licenciadas Josua Zubizarreta y Rosa Da Silva el 12 de diciembre, determinando que era sangre humana. Ulteriores exámenes clínicos determinaron que la sangre era del grupo AB y esa sangre saliendo y latiendo como si fuera un corazón en llamas. Era sangre del corazón y el hombre al que pertenecía estaba vivo y había sufrido mucho. Exactamente las mismas

²⁰ Aristizabal Otty Ossa, *Apariciones de la Virgen María en Betania*, Ed. Paulinas, 1992, p. 105.

conclusiones como se han dado en los exámenes clínicos de otros milagros eucarísticos como en Lanciano (Italia), milagro del siglo VIII, o posteriormente en los milagros eucarísticos de Buenos Aires en 1996, en Tixtla (México) en 2006, en Legnica (Polonia) en 2013 y en otros lugares. Es decir que es la sangre de la misma persona. Y nosotros, como creyentes, concluimos que es la misma sangre de Jesucristo, que sufrió mucho antes de morir, como descubren los científicos en estos exámenes de la carne y sangre en que se transforman las hostias consagradas y que todavía están incorruptas como en Lanciano, después de más de 1200 años.

No hace falta decir que el padre Otty se convirtió de veras en un auténtico sacerdote de Cristo y el tiempo que le restó de vida fue un testimonio vivo de sacerdote al servicio de Dios y de los demás. Actualmente la hostia sangrante de Betania se encuentra por orden del obispo en el convento de las Agustinas Recoletas de Los Teques.

MILAGRO DE LANCIANO

Éste es el más famoso de los milagros eucarísticos. Ocurrió en el siglo VIII, en Lanciano (Italia). Durante la celebración de la misa, un sacerdote dudaba de la presencia real de Jesús en la Eucaristía y vio con asombro ante sus ojos que la hostia se transformó en un pedazo de carne y el vino en sangre, coagulándose después en cinco piedrecitas diferentes, cada una de las cuales pesaba exactamente igual que todas ellas o que varias de ellas. Hay testimonios escritos del milagro desde 1560, pero veamos lo que dice Sebastiano de Dinaldis en un documento de 1631: *Una mañana, a mitad del santo sacrificio y después de haber pronunciado las más santas palabras, hallándose el sacerdote más hundido que nunca en su persistente error, vio que el pan se convertía en carne y el vino en sangre. Amedrentado y confuso ante tan gran prodigio, permaneció como transportado en éxtasis divino, pero finalmente se volvió a los asistentes y les dijo: “Oh testigos afortunados, a quienes, para confundir mi incredulidad, Dios bendito ha deseado manifestarse en el Santísimo Sacramento, haciéndose visible a nuestros ojos. Vengan, hermanos, y maravíllense ante nuestro Dios tan próximo a nosotros. Contemplan la carne y la sangre de nuestro amadísimo Cristo”*.

A estas palabras, los fieles acudieron presurosos al altar y, completamente aterrorizados, comenzaron a pedir misericordia con lágrimas en los ojos.

La noticia de tan extraordinario y singular prodigio corrió por toda la ciudad. Todos, confundidos, invocaban la divina misericordia... Cuando cesaron

*las contritas plegarias, los jefes de la ciudad mandaron hacer un bellissimo tabernáculo de marfil, en el que se conservó tan excelsa reliquia casi hasta nuestros días. Después fue colocada en un vaso de plata muy bello en forma de cáliz y, finalmente, en uno preciosísimo de cristal de roca, en donde aún se conserva. Los glóbulos de sangre son cinco y habiendo sido pesados en la báscula que se pidió al arzobispo, que era fray Antonio de san Miguel, se encontró que uno pesaba igual que todos, lo mismo que tres y el más pequeño lo mismo que el más grande*²¹.

A lo largo de los siglos, se han hecho muchos estudios sobre esta carne y sangre. El último y más exhaustivo fue hecho por expertos de la universidad de Siena, dirigidos por Odoardo Linoli y Ruggero Bertelli. Después de los análisis y estudios, escribieron sus conclusiones en un libro que le ofrecieron al Papa Pablo VI con toda clase de informes y fotografías. El resumen de estos estudios dice que la carne es verdaderamente carne y la sangre verdaderamente sangre de un ser humano vivo y tienen el mismo grupo sanguíneo AB. La carne pertenece al corazón. El diagrama de la sangre corresponde al de una sangre humana que ha sido extraída de un cuerpo humano ese mismo día, y contiene minerales: cloro, calcio, fósforo, magnesio, potasio y sodio en cantidades inferiores a las normales, pero no muy diferentes a las de una muestra de sangre humana normal coagulada.

Y este milagro es tan extraordinario que hasta la Organización mundial de la salud (OMS) nombró en 1973 una comisión científica para estudiar las conclusiones de los doctores de Siena. Los trabajos duraron 15 meses con unos 500 exámenes, y las conclusiones fueron las mismas. En este informe, se dice que *la ciencia, conocedora de sus límites, se detiene ante la imposibilidad de dar una explicación científica a estos hechos.*

Actualmente se conservan la carne y sangre del milagro en la iglesia de San Francisco de Lanciano.

²¹ Sammaciccia Bruno, *El milagro de Lanciano*, Librería espiritual, Quito, 1978, pp. 20-21.

VOTO DE VIRGINIDAD

Inés, según todos los historiadores, hizo voto de perpetua virginidad y por eso no quería casarse. Santa Verónica Giuliani, que también vio muchas veces al Niño Jesús en la hostia, hizo voto de perpetua virginidad al igual que Inés, siendo pequeña. En este caso fue el día de su primera comunión. Ella refiere: *Al ir a comulgar por primera vez, me quedé fuera de mí. Recuerdo que, al tomar la santísima hostia, sentí un calor tan grande que me inflamó toda y sentía abrasarse mi corazón y no cabía en mí. Le decía: “Dios mío, ahora es tiempo de que toméis posesión de mí. Me entrego toda a Vos y a Vos solo quiero”. Él me respondió: “Eres mía, y yo soy todo tuyo”. Aquel día de mi primera comunión hice el pacto de quererme desposar con él y me figuraba que era toda del Señor*²². Tenía nueve años.

Igualmente santa Teresita del Niño Jesús nos dice en su libro *Historia de un alma* sobre su primera comunión: *Por fin llegó el más hermoso de los días. Qué dulce fue el primer beso de Jesús a mi alma. Fue un beso de amor, me sentía amada y decía a mí vez: “Os amo, me entrego a Vos para siempre”. Jesús y la pobre Teresita se habían mirado y se habían comprendido. Aquel día no era ya una mirada, sino una fusión. Ya no eran dos. Teresa había desaparecido como la gota de agua que se pierde en el seno del océano. Solo quedaba Jesús. Él era el dueño, el Rey*²³.

VESTIDA DE HOMBRE

En la vida de Inés observamos que ella se vistió de varón para huir de su casa y así vistió durante el tiempo que estuvo trabajando en el convento y también durante toda su vida de ermitaña. Según casi todos los autores, ella se lo reveló solamente a su confesor, que lo manifestó al morir; otros dicen que cuando la lavaban después de muerta para enterrarla, descubrieron que su cuerpo era de mujer.

También sucedió algo así en la vida de santa Juana de Arco, que iba permanentemente vestida de soldado en sus luchas contra los ingleses para poner en el trono al delfín como rey de Francia, según las órdenes recibidas cuando tenía 13 años, por San Miguel arcángel, santa Margarita de Antioquía y santa Catalina de Alejandría, y también algunos otros ángeles y santos. Ella, a la vez que era dulce y muchos la vieron vestida de mujer antes de empezar sus

²² Su primera comunión la hizo el 2 de febrero de 1670.

²³ Manuscrito A, folio 35 pp. 104-105.

campanas guerreras, tenía mucha valentía juvenil para animar a los soldados en la lucha y muchos no podían creer que fuera una mujer. Por eso, en una ocasión el delfín mandó que fuera examinada verbalmente en marzo de 1429 en Poitiers por clérigos de la universidad de Poitiers para ver si era una bruja o era auténtica enviada por Dios. Ellos no encontraron en ella nada malo, pero, para estar más seguros, decidieron que fuera investigada por la reina Yolanda de Sicilia, suegra del delfín; y la señora Gaucourt y la señora de Trèves, quienes la examinaron en privado para saber si era hombre o mujer y, si era virgen, y certificaron que era mujer y virgen ²⁴.

VIVIR SIN COMER

Inés llevó una vida de ermitaña muy austera. Los domingos le daban en el convento algunos trozos de pan para toda la semana. ¡Cuántos días estaría sin comer o comiendo un poquito, con lo que era imposible sobrevivir humanamente! Algunos santos han vivido sin comer, tomando solo la comunión. Veamos.

a) TERESA NEUMANN (1898-1962) ²⁵

Nació en 1898 en Konnersreuth, Baviera, Alemania. Pasó los últimos 35 años de su vida, alimentándose solamente con la comunión. En una ocasión, con permiso de su obispo, la internaron en un hospital para controlarla bien y ver si era cierto que no comía ni bebía. Estuvo allí desde el 14 al 28 de julio de 1927. Cuando entró pesaba 55 kilos y al salir también. Sólo recibía cada día la comunión y 3 gotas de agua para poder pasarla. Según el resultado de los estudios realizados, el 14 de julio pesaba 55 kilos, el sábado 16 de julio pesaba 51, el 20 de julio pesaba 54 y el sábado 23 pesaba 52,5 kilos. El 28, último día, se había recuperado totalmente de modo inexplicable y pesaba de nuevo 55 kilos. La pérdida de peso tenía lugar los viernes, en que sufría la pasión de Jesús y perdía sangre a través de sus estigmas. Algo inexplicable para la ciencia, pues ¿de dónde salían los kilos recuperados? De la nada no sale nada, dicen los científicos.

Durante 35 años no comió ni bebió nada. Naturalmente, se intentó todo para desenmascarar la simulación, pero todos los médicos enviados para controlarla, llegaban con su escepticismo para ir a parar a clamorosas

²⁴ Ángel Peña, *Santa Juana de Arco*, Librería espiritual de Quito, pp. 91-92.

²⁵ Puede leerse sobre ella el libro de Joannes Steimer, *Teresa Neumann*, Ed. Herder, 1991 y el de Manuel Ramón Lama, *Teresa Neumann*, Librería espiritual, Quito, 1974.

*conversiones frente a la enigmática verdad. La diócesis de Ratisbona llegó a instituir una comisión compuesta de médicos y cuatro religiosas bajo juramento, que se turnaban durante semanas para no perder de vista a Teresa ni de día ni de noche, no dejándola nunca a solas. Otras comisiones laicas llegaron a la misma conclusión: Solamente se alimentaba de la comunión (rechazando instintivamente la hostia, cuando, al ponerla a prueba, le presentaban hostias no consagradas)*²⁶.

b) BEATA ALEXANDRINA DA COSTA (1904-1955)

Vivió los últimos 13 años de su vida sin comer ni beber, sólo recibía la comunión cada día. También fue sometida a una observación exhaustiva en un hospital de Oporto (Portugal), vigilada las 24 horas por testigos imparciales para que no tomara ningún alimento o bebida. Al final de los cuarenta días de prueba, ella había mantenido su peso, temperatura, presión arterial, etc. Su pulso y sangre eran totalmente normales. Los médicos no pudieron encontrar ninguna explicación científica o médica a estos hechos²⁷.

c) MARTA ROBIN (1902-1981)²⁸

Nació en Chateaufort, Francia, hija de unos campesinos. Toda su vida la ofreció como víctima de amor por la salvación de los pecadores. Desde 1928 permaneció siempre en cama y no podía deglutir. Por eso, pasó más de cincuenta años sin comer ni beber. Solamente recibía la comunión diaria. Tampoco podía dormir y tenía los estigmas de la Pasión del Señor desde 1930. ¿Cómo puede explicar esto la ciencia?

d) PADRE PÍO DE PIETRELCINA (1887-1968)

Algo que admiraba a los médicos era cómo podía sobrevivir casi sin comer ni lo mínimo indispensable. Solo se alimentaba de la comunión diaria. El padre Dámaso de Sant'Elia a Pianisi dice: *Una vez estuvo sin comer durante 20 días*²⁹. *El padre Agustín aseguraba que apenas comía unos 20 gramos de alimento cada 24 horas*³⁰. Fray Modestino afirma que un día le dijo el padre Pío: *Hijo mío, ruega por mí. Tengo el vientre hinchado y me duele, y esto*

²⁶ Messori Vittorio, *Los desafíos del católico*, Ed. Planeta, Barcelona, 2002, pp. 181-185.

²⁷ Bob y Penny Lord, *Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre*, Ed. Journeys of faith, 1987, p. 193.

²⁸ Puede leerse el libro de Peyret Raymond, *Marta Robin*, Ed. Eafit, Medellín, 1984.

²⁹ Positio super virtutibus del Proceso de canonización I/1, p. 569.

³⁰ Positio I/1, p. 945.

*precisamente hoy que he comido sólo 30 gramos de alimento. El mejor favor que me puede hacer el Superior es el dispensarme de comer*³¹.

Lo más maravilloso es lo que él contaba con gracia para hacer reír a sus hermanos, pero que fue un hecho real. Durante una enfermedad se pesó y pesaba 83 kilos. Al restablecerse, luego de tres días sin haber tomado ningún alimento, pesaba 86 kilos. Había engordado tres kilos sin haber comido nada en esos tres días. ¡Esas son las maravillas de Dios, que alimenta el cuerpo de los santos solamente con la santa comunión! Este milagro lo declaró en el Proceso su Superior, padre Rafael³².

Por eso, no es de extrañar lo que refiere el 5 de mayo de 1956 el padre Carmelo con ocasión del Simposio internacional de afecciones coronarias. El doctor británico Ewans declaró: *Para nosotros los médicos el padre Pío está biológicamente muerto. Hay que tener en cuenta la cantidad de calorías que consume diariamente en el desempeño de su actividad y, por otra parte, las que recibe nutriéndose tan poco, al límite de la sobrevivencia. Hay que pensar también en la sangre que pierde todos los días como él mismo ha testificado y se prueba en el examen de las vendas del costado. Así que por la fuerza del principio científico de las calorías necesarias para la existencia humana y de las leyes que regulan el equilibrio físico-síquico del organismo, para nosotros los médicos está biológicamente muerto. Dicho de otro modo, humanamente es imposible que un hombre pueda sobrevivir en esas condiciones y que pueda trabajar sin descanso todos los días*³³.

Nuestra Inés comulgaba los domingos y fiestas, pero su alimentación debía ser muy escasa. Vivía de milagro.

³¹ Positio II, p. 147.

³² Positio II, p. 1405.

³³ Positio II, p. 820.

LUCES EN LA NOCHE

Como Inés no escribió nada y los santos tratan de ocultar sus carismas, no sabemos nada de experiencias espirituales. Probablemente tuvo apariciones de Jesús, la Virgen María y algunos santos y ángeles, en especial de su ángel custodio. El día de su muerte, declaran sus biógrafos que unas luces celestiales subían y bajaban hasta su cueva. Esto también sucedió en la vida de otros santos.

1) SAN CHARBEL MAKLUF (1828-1898)

La noche del funeral del padre Charbel, el padre Elías El-Bemehraini entró en la iglesia para hacer una visita al Santísimo Sacramento y, después de haber rezado el rosario, fue corriendo a despertar al padre Francisco As-Sabrini, diciéndole: *He visto una cosa extraordinaria: una luz que salía del sagrario iba al cadáver del padre Charbel, se quedaba inmóvil sobre él y después regresaba al sagrario* ³⁴.

La noche siguiente a la sepultura del padre Charbel, muchos habitantes de las casas vecinas vieron una luz que bajaba y subía del lugar donde estaba el cadáver del padre Charbel. Este fenómeno duró por espacio de 45 días ³⁵.

Algunos monjes dudaban de la existencia de estas luces. A asegurarles del hecho vinieron cuatro hombres musulmanes, que no sabían nada de la muerte de nuestro santo. Llegaron al convento de Annaya a caballo, guiados por el prefecto del distrito, Mahmoud Hamadeh. Preguntaron por un criminal, que estaban persiguiendo, diciendo que habían visto brillar una luz sobre el convento y que, al llegar allí, había desaparecido. El Superior les respondió que todas las luces del monasterio se apagaban a las nueve de la noche y que ya era medianoche. Ellos pensaron que las luces indicaban que allí estaba el bandido y, por eso, habían llegado al monasterio; pero certificaron, sin lugar a dudas, haber visto esa luz brillante sobre el convento, exactamente en el lugar en que se encontraba la tumba del padre Charbel ³⁶.

³⁴ Garofalo Salvatore, *Il profumo del Libano*, Postulazione dell'Ordine libanese maronita, Roma, 1977, p. 193.

³⁵ Ib. p. 193.

³⁶ Daher Paul, *Saint Charbel*, Annaya, 2007, pp. 17-18.

2) GERMÁN, OBISPO DE CAPUA

Un día, habiendo llegado la hora de entregarse al descanso, subió el venerable Benito (San Benito) a su celda, situada en la parte superior de la torre, y el diácono Servando, a su vez, ocupó una habitación en el piso inferior, desde cuyo lugar subía una ancha escalera que daba acceso a la parte superior del edificio. Frente a esta misma torre había una amplia estancia donde descansaban los discípulos de ambos.

Y he aquí que mientras aún dormían los hermanos, el hombre de Dios, Benito, solícito en velar, se anticipaba a la hora de la plegaria nocturna de pie junto a la ventana y oraba al Dios Omnipotente. De pronto a aquellas altas horas de la noche vio proyectarse desde lo alto una luz que, difundiéndose, en torno, ahuyentaba todas las tinieblas de la noche y brillaba con tal fulgor que resplandeciendo en medio de la oscuridad era superior a la del día. En esta visión, se siguió un hecho maravilloso; porque, como él mismo contó después, apareció ante sus ojos todo el mundo como recogido en un solo rayo de sol. Y mientras el venerable padre fijaba sus pupilas en el brillo de aquella luz deslumbradora, vio cómo el alma de Germán, obispo de Capua, era llevada al cielo por los ángeles en un globo de fuego. Entonces, queriendo tener un testigo de tan gran maravilla, llamó al diácono Servando, repitiendo dos y tres veces su nombre con grandes voces. Turbado éste por aquel grito insólito en el varón santo, subió, miró y vio sólo una tenue estela de aquella luz.

3) SAN BENITO

San Benito nos habla de la muerte de su hermana Escolástica. Tres días después de haber estado conversando con ella, estando él en su monasterio, levantando los ojos al cielo, vio el alma de su hermana, desprendida de su cuerpo, penetrar en forma de paloma en los ámbitos del cielo. También sucedió algo parecido en la muerte de santa Juana de Arco. Refiere fray Isambart de la Pierre que había un soldado inglés que odiaba mucho a Juana de Arco. Cuando la escuchó gritar el nombre de Jesús en su último momento, quedó asombrado de estupor y como atontado. Y fue llevado a una taberna cercana para que bebiera algo y reanimarlo. Confesó que había pecado gravemente y se arrepentía de lo que había hecho contra Juana a quien ahora tenía por una santa, pues había visto él mismo, al momento en que Juana dio su último suspiro, salir de ella una

paloma blanca ³⁷. Y lo mismo a la muerte de Santa Mariam de Belén el 26 de agosto de 1878.

En la muerte de san Benito se dice que dos discípulos, uno que se hallaba en el monasterio y otro lejos de él, tuvieron una misma e idéntica revelación. Vieron en efecto un camino adornado de tapices y resplandeciente de innumerables lámparas que, por la parte de oriente desde su monasterio, se dirigía derecho hasta el cielo. En la cumbre un personaje de aspecto venerable y resplandeciente les preguntó, si sabían qué era aquel camino que estaban contemplando. Ellos contestaron que lo ignoraban. Y entonces les dijo: *Este es el camino por el cual el amado del Señor, Benito, ha subido al cielo*. Y entonces, a par que los discípulos presentes, vieron la muerte del santo varón, los ausentes la conocieron merced a la señal que les había anunciado.

4) MÁRTIRES

Algo muy hermoso sucedió al ser asesinados por los musulmanes los 800 mártires de Otranto (Italia) en 1480. Se vieron sobre sus cuerpos unas luces maravillosas durante un año hasta que, al reconquistar los cristianos la ciudad, pudieron retirar sus cuerpos incorruptos, que estaban al aire libre y no habían sido maltratados por bestias o aves de rapiña.

También pasó algo parecido el 5 de febrero de 1957 en Nagasaki (Japón). Los cuerpos de 17 mártires quedaron suspendidos en las cruces, rodeados de resplandores sin ser comidos por las aves.

5) BEATO GRACIA DE CÁTARO

Al morir, este monje agustino en noviembre de 1508 su féretro antes de enterrarlo se iluminó con una luz maravillosa ³⁸.

³⁷ Quicherat Jules, *Proces de condamnation et de rehabilitation de Jeanne d'Arc*, tomo II, p. 352 y tomo III, p. 182.

³⁸ *Eclesiae venetae illustratae*, Decas prima, Venecia, 1749, pp. 210 ss.

TOCANDO LAS CAMPANAS

Al igual que en la muerte de Inés tocaron solas las campanas del monasterio, así ha sucedido también en las vidas de algunos santos. Por ejemplo en la muerte del monje agustino el beato Querubín de Avillana el 17 de diciembre de 1479 las campanas del convento comenzaron a tocar por sí mismas. Según algunos, también tocaron las campanas de algunas otras iglesias ³⁹.

Igualmente, a la muerte de Santa Rita de Casia el 22 de mayo de 1457 tocaron las campanas y la gente, al darse cuenta de que no tocaban por manos humanas, empezó a decir: *Milagro, milagro. Son los ángeles que tocan las campanas* ⁴⁰.

³⁹ Imperor Juan Bautista, *Vida del beato Querubín de Avillana*, Madrid, 1910, pp. 105-106.

⁴⁰ Breve racconto della vita e miracoli della beata Rita da Casia a cura delle suore del monasterio di Santa Rita, Cascia, Stamperia della Camera apostolica, Roma, 1628.

REFLEXIÓN

La vida de Inés de Moncada fue una vida llena de Dios, que se le manifestó desde muy niña en el Santísimo Sacramento. Su vida de austeridad como ermitaña dio a entender claramente su decisión de ser toda de Dios y dedicarse enteramente a su servicio y, a la vez, orar permanentemente por todos los necesitados. Con seguridad rezaría mucho por sus padres y familiares, por sus paisanos de Moncada y de todo el reino de Valencia, por España entera y por todos los pecadores del mundo entero y por las almas del purgatorio. Su vida fue una fuente de luz y de amor para el mundo. Ella sufría y oraba por todos sin excepción. También oraría mucho para que acabara pronto el cisma de Occidente, que en su tiempo dividía a la Iglesia. En una palabra, su vida fue una gran bendición para todos. Ella es un ejemplo para nosotros, que también debemos ser un regalo de Dios para los demás, una fuente de bendiciones para todos. De modo que, como decía la Madre Teresa de Calcuta, nadie se aleje de nosotros sin ser mejor y más feliz.

Ser santo es precisamente eso, vivir para Dios, amar a Dios en los demás y amar a los demás por Dios. No hace falta que hagamos milagros espectaculares, basta con que cumplamos fielmente nuestro deber y todo se lo ofrezcamos al Señor como flores de amor para consolarlo por tantas ofensas y pecados que recibe de los pecadores en el mundo entero.

Jesús se ha quedado con nosotros permanentemente en la Eucaristía para que, cuando tengamos problemas y sufrimientos, tengamos un lugar de referencia donde podamos encontrarlo para que él pueda confortarnos y darnos su paz. Amemos a Jesús Eucaristía y no olvidemos que tenemos una madre, María, y que un ángel bueno siempre nos acompaña.

